

RELIGION Y TIEMPO HISTORICO

y²

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

ALUDI varias veces al catecismo holandés; y por eso más de uno se habrá preguntado: ¿qué es lo que dice este discutido libro de enseñanza religiosa, que en pocos meses se ha difundido por centenares de miles de ejemplares, y se va a editar en seis idiomas?

Goethe afirmó que: «En el principio estaba la acción». Y este catecismo, que tanta alarma infundada ha producido, parte de una afirmación parecida.

Para los obispos de Holanda lo más importante es la existencia humana; y de ella quieren partir. Por eso se preguntan, desde el primer momento: la vida del hombre, ¿tiene sentido, o no lo tiene?

No se trata de saber —como hizo el famoso psicólogo vienés Alfredo Adler— que todo hombre da realmente algún sentido más o menos consciente —y sea constructivo o no— a la vida suya personal. Lo que se debe uno preguntar es aquello que los existencialistas se plantearon: si la vida es un absurdo. O si la vida tiene un sentido definitivo, como pensamos muchos hombres de hoy, entre ellos los que somos cristianos.

Habría —como hizo San Agustín— que plantearse con toda claridad: ¿el hombre es sólo eso, un hombre? O el hombre, ¿encuentra, dentro de él, y en el acto de darse a los otros con generosidad, algo que le sobrepasa? Cuando un creyente, o incrédulo, persigue en su vida valores absolutos —la justicia, la paz, el progreso, o el amor universal—, ¿no se realiza y eleva a sí mismo?

Ese, y no otro, es el profundo problema que discutieron hace más de un año en Salzburgo, profesores marxistas y cristianos, con asistencia de un delegado de la Santa Sede. Y ése es el problema de Dios. De ese Dios que no es un protector, más o menos ficticio, de nuestra necesidad vital de seguridad. Sino el fundamento profundo de cuanto vivimos o pensamos, como enseña este catecismo. No es ni maestro justiciero, ni refugio de angustias neuróticas; sino la única explicación definitiva, el único fundamento convincente que aclara y promueve nuestra misteriosa existencia, cuando nos contemplamos viviendo entre nuestros éxitos y angustias de hombres que queremos ir adelante en un anhelo común de superación.

Pero, no nos hagamos ilusiones. Esa realidad de fondo que aquí intento indicar —no demostrar—, muchos no la llaman Dios. Sólo quienes tienen fe, comprenden —en la práctica— que esta explicación es verdaderamente razonable; porque la fe les abre los ojos para ver claramente lo que estaba oscuro a la mirada del que no tiene esa ayuda. La fe, sin embargo, no inventa, sino que aclara, como enseña muy bien el catecismo holandés.

VISTO también el hombre, a través de la historia de Israel, lo que se entrevé en ella es una revelación progresiva, que se hace a partir de un hecho religioso básico, el Dios de los judíos como un ser único por encima de todo el politeísmo, ambiente de aquellos primitivos pueblos. Es el Antiguo Testamento el libro religioso que más veces hace apelación —contra lo que se suele decir equivocadamente— a la misericordia y el amor, y no preferentemente a la dureza ni a la justicia seca y sin entrañas.

El progreso de la conciencia humana va haciéndose en la Biblia cada vez más amplio: primero con Abraham, cuando el Dios Yavé elige un solo clan, que será «el pueblo elegido», viviendo todavía demasiado el sentido gregario que tenían muchos pueblos primitivos; después, con los profetas, de Israel, desarrollando cada vez más una vida personal en el creyente; y, por último, con el final del Antiguo Testamento —tras el destierro en Egipto— abriéndose perspectivas universales a este estrecho pueblo hacia todo ser humano. Primero, vemos así al hombre como tribu cerrada; después como apertura del hombre hacia su propia intimidad e individualidad; y, por último, asimilando constructivamente el sentido comunitario universal. Los caminos básicos del desarrollo de la humanidad, que nos han ido abriendo a nuevas perspectivas de la historia, son el mismo proceso que olvidan algunos católicos —aquí y fuera de aquí—, que es el que se repite en cualquier momento de la historia del hombre, o bien porque se encierran en el «ghetto» de grupo, o en el egoísmo espiritual que no se abre a los demás; ya que prefieren, o enclaustrarse en su pequeña «secta», o en su «elegante» soledad.

EL pecado, explicado hasta ahora sólo como rechazo de Dios se ve —en este Catecismo— en lo concreto también siempre como un rechazo del hombre. Por eso no son auténticamente religiosos los que defienden antes a su grupo cerrado (llámese secta o iglesia) que a todo hombre; o los que defienden antes al varón como tal, que al ser humano, que lo mismo es hombre que mujer. Esos pseudo-religiosos que se hacen inhumanos al no querer respetar a todo hombre en lo que tiene de genérico.

Habría entonces que preguntarse hasta qué punto ha entrado en las estructuras que llamamos tradicionales, culturales o sociales,

el verdadero catolicismo, cuando a veces se pretende con ellas, lo que llama ese catecismo el «pecado», que es el egoísmo del grupo religioso, o del que está situado socialmente, o del que actúa de poderoso dominador —por el dinero o la influencia— en nuestra civilización occidental llamada tradicional. Enfrentan así al clero contra el seglar, y al varón contra la mujer; porque no saben respetar los valores humanos básicos, existentes en el fondo de las diferencias específicas igualmente respetables del varón que de la mujer, del clérigo que del seglar.

Los obispos de Holanda reconocen también, modestamente, sus fallas en los cismas y apostasias religiosas; y piden perdón por ellas, en forma insistente y sincera.

Se entristece por eso el catolicismo holandés de que hayamos utilizado hasta hace poco en la Iglesia, contra nuestros oponentes, los métodos violentos y duros que el Imperio Romano, utilizó contra los cristianos, y que seguimos todavía usando a veces. Fomentamos equivocadamente esa unión estrecha entre Iglesia y Estado —característica de los siglos llamados cristianos—; pero «con la que se perjudicaba la delicadeza y la sencillez del Evangelio», como afirma la Jerarquía holandesa.

HASTA los niños sin bautizar tiene su puesto en la salvación, contra aquello que los teólogos habían afirmado hasta hace poco.

El pecado original es tratado de forma nueva y profunda, que intenta buscar nuevos caminos para explicarlo; esas nuevas vías de solución que pedía hace poco Pablo VI. «El núcleo central de la historia humana es dado —dice el catecismo— en el libro del Génesis por medio de relatos cargados de símbolos... Adán simboliza al hombre en general; Caín es alguien que se encuentra siempre en las noticias de los periódicos y en nuestros propios corazones; así como en la corrupción existente en tiempo de Noé, y en la desmedida ambición de construir la gran torre de Babel: que son las pretensiones constantes de los que somos hombres». Estas pretensiones desviadas y asociadas, el catecismo holandés las identifica —en algún modo— con lo que se ha llamado «pecado original», atribuido básicamente, en la ingenua explicación conocida corrientemente, a un solo hombre que, por solidaridad, lo transmitía a los demás. Pero la manera de explicar este acontecimiento, se nos aclara ahora que «no forma parte de lo que está de por sí revelado», aunque así haya aparecido usualmente.

La incapacidad colectiva para amar, que se manifiesta en esa triste historia del hombre a través de los siglos, como algo fatal, aunque responsable, en cada uno de nosotros, eso es lo que es «pecado original», según se desprende de este renovador catecismo.

«El pecado —lo que hay de sin sentido y de absurdo en el quehacer colectivo del hombre y que todo lo mancha— no fue cometido principalmente por un Adán al principio de la humanidad, sino que es algo que hace todo hombre; o sea el Adán que hay en cualquier hombre», afirma el episcopado holandés. ¿No decimos popularmente de un desordenado que es un Adán? Pues en ese dicho popular, hay más profundidad de lo que parece, a primera vista.

Hay que confesar que desconocemos por tanto cómo empezó el pecado; pero lo que sabemos ciertamente es que el hombre —todo hombre— peca, y está envilecido muchas veces, como lo vemos en cualquier plano humano, individual o social. **El SIGUE**

RELIGION Y TIEMPO HISTORICO

pecado no viene a nosotros meramente a través de la descendencia, sino que procede de todas partes».

NUESTRA visión primitiva del mundo, era antes una visión estática. El *inmovilismo social* de la época imperial romana, o de la feudal; el régimen cerrado de «cristiandad» en la Edad Media occidental, o de las castas sociales en la India, taparon cualquier salida renovadora. Hasta Santo Tomás de Aquino, en el siglo XIII, tuvo una visión cerrada de los grupos sociales, como si fuese algo permanentemente establecido por la Providencia, y que resultaban intangibles: llegaba incluso a pensar, este teólogo medieval, que normalmente valía más aceptar el orden, establecido por una ley mala, que permitir el cambio hacia una ley mejor: porque la tranquilidad, de ese orden defectuoso, era preferible siempre a la inquietud por un perfeccionamiento social.

Llegó, incluso, esta concepción estática, a influir en las ciencias naturales oponiéndose, en ciertas mentalidades de temerosos creyentes y teólogos, a una explicación evolucionista del mundo animal y vegetal. El «fixismo» de Cuvier, es expresión clara de ello.

Sólo en el siglo XIX, con la revolución industrial por un lado, y con las teorías evolucionistas por otro, permitió cambiar nuestras perspectivas. Y, de un enfoque estático del mundo de la naturaleza, y del económico y social, pasamos —gracias a ese cambio técnico— a la posibilidad de un punto de vista dinámico, y constantemente creador. El progreso empezó a abrirse camino, y en los ciento cincuenta años últimos hemos dado, en la estructura de la sociedad y de la cultura humana, un paso de gigante, más importante que la lenta evolución ocurrida en el resto de los siglos de la humanidad.

LA familia está ahora en plena transformación de su estructura: las relaciones hombre-mujer, o entre padres e hijos, han cambiado considerablemente. Pero había que preguntarse: ¿Qué es lo permanente en la vida familiar, y cuál es el cambio legítimo que puede aceptarse? Esa es la cuestión que todos debemos hacernos. Y tendríamos que tomarla más en serio, para favorecer todo lo que debe perdurar en el matrimonio y el hogar; pero aceptando sin reticencias todo lo que debe cambiar, por ser producto de una cultura distinta de la nuestra, que algunos moralistas unieron demasiado estrechamente a lo intangible de esta célula vital de la sociedad, que es la familia de cualquier época.

A propósito de los métodos de regulación de nacimientos —ese palpitante tema de actualidad— dice por eso el Catecismo holan-

dés: «El último Concilio... no se pronuncia sobre ninguno de estos concretos métodos. Actitud que difiere de la que se adoptó, hace treinta años, en tiempo de Pío XI, y de la que mantuvo su sucesor; y podemos ver aquí un desarrollo claro en la Iglesia».

Pero, ¿se pueden permitir igualmente todos los métodos, el de Ogino, las píldoras anovulatorias y los procedimientos anticoncepcionales químicos o mecánicos? «El Concilio no contesta en concreto a la cuestión. Sólo les pide, a las parejas casadas, que consulten con lealtad su propia conciencia, para saber si las prácticas en cuestión son justas con los elevados valores que deben expresarse en el matrimonio... Ni el médico ni el sacerdote pueden decir la última palabra; pero el respeto a la vida pide que no se elijan sobre todo aquellas prácticas que pueden perjudicar seriamente la salud o la vida afectiva».

Y respecto a aquellos trágicos conflictos matrimoniales, que a pesar de ser casos-límite, la Iglesia no se atreve a declarar el matrimonio nulo, porque no puede probarse nada externamente contra su validez, el Catecismo holandés afirma, por un lado —con toda firmeza— la indisolubilidad básica del matrimonio, y por el otro pide respecto a las decisiones personales de cada conciencia en esos casos límite.

Y, cuando se casa un católico con un no-católico, llega a decirse en este manual que podría variar en el futuro la legislación de la Iglesia, admitiendo quizá, como válido eclesiásticamente, el matrimonio civil.

ESTE es un resumen de lo más original de este libro de instrucción religiosa que acaban de publicar los obispos holandeses, en el afán de adaptar el mensaje del Evangelio a nuestros tiempos, como pedía Juan XXIII, y ha impulsado el Concilio.

Quizá a alguno le choquen ciertas expresiones, o ciertos caminos de solución demasado nuevos. Pero no juzguemos antes de tiempo. Nuevos problemas —hoy tan numerosos en el mundo— requieren intentar nuevas soluciones; y todo el que, sería y responsablemente, se lanza a buscarlas, como ha hecho el catolicismo holandés, debe merecer nuestro respeto.

Porque tenemos que partir los cristianos, como hace ese libro católico, en sus cuatro partes tan recriminadas por algunos: de la existencia del hombre actual, estudiando el camino que hemos de recorrer hasta llegar a darle un significado, tanto antes de Cristo, como después de él; y por último, efectuando el enlace entre esas tres partes, buscando un camino actual y renovado hacia el Evangelio, que no pierda ninguna esencia del mismo, pero, que al mismo tiempo no le exija a nadie la adhesión a lo que no sea verdaderamente esencial.

Acierte más o menos en el detalle este libro de educación religiosa, lo importante es que ésa —en líneas generales— es la religión que deseamos muchos que intentamos ser sinceros —aunque modestamente— cristianos.

"LOS NUEVOS CATOLICOS", EN RADIO VATICANA

El libro de nuestro colaborador Enrique Miret Magdalena «Los nuevos católicos», del que se han agotado dos ediciones (Editorial «Nova Terra», Barcelona), libro cuyo contenido está integrado por una selección de los artículos publicados en nuestra revista a lo largo de tres años, ha obtenido, además de un espectacular éxito de venta en menos de tres meses, los elogios de la crítica más rigurosa en todo el mundo. «Los nuevos católicos» se ha comentado encomiásticamente en la prensa francesa, italiana y norteamericana. Como prueba de esta favorable repercusión recogemos a continuación el comentario transmitido recientemente por Radio Vaticana.

LA Editorial NOVA TERRA, de Barcelona, nos manda un libro de ENRIQUE MIRET MAGDALENA, cuyo título es: «LOS NUEVOS CATOLICOS».

Miret Magdalena es un sejar cuyos títulos son tantos que si los enumeráramos, se nos iba a ir todo en presentación. Una serie de cargos, en España y fuera de España, nos dice que nos hallamos ante una personalidad realmente singular. Pero, por encima de todo esto, Miret Magdalena colabora en diversas revistas. Y precisamente lo que este libro nos da es un conjunto de artículos, unos setenta, aparecidos casi todos en las páginas de la revista TRIUNFO.

Pero hay más, y con ello nos vamos acercando al centro de la cuestión. Miret Magdalena ha vivido el momento conciliar intensamente, incluso aquí, en Roma; y podemos decir que lo sigue viviendo, en su espíritu, con un fervor ejemplar.

Por eso no tiene nada de particular que los artículos que forman el libro, o sean todos sobre temas directamente conciliares, como en las dos primeras partes de la obra; o estén llenos de resonancias

conciliares, como en las otras tres, que él dedica principalmente al Ecumenismo, a la Libertad Religiosa, a la reforma de la Iglesia —usamos su terminología—, y a la reforma social y política.

Miret Magdalena no es un teólogo, sino un periodista; y como tal, tiene toda nuestra simpatía. Por eso no hay que maravillarse que, muchas veces, la frase no esté tan perfilada como lo estaría en un trabajo teológico; y a nosotros, acaso excesivamente «teologizados», nos resulte un poco hiriente y peligrosa. Pero ya lo dice él: quiere ser sincero; quiere vivir metido hasta los hombros en los problemas de su tiempo; tiene conciencia de que esto compromete mucho, y hasta sabe que puede dar la equivocada impresión de rebeldía o de desgarro. Pero a nosotros nos queda la impresión de que, dejándole que se explicara, bien pudiera ser que estuvieran con él, incluso los no pocos que te le han opuesto desde posiciones extremas.

En cambio, Miret Magdalena se muestra poseedor de una gran cultura, que no querríamos llamar exclusivamente teológica, sino más bien eclesial, que

nosotros deseáramos para muchos. Puede que, para moverse con más soltura, haya un poco de enseñanzas perentorias y definitivas, que sin duda tampoco ignora. Pero la impresión que deja es la de un hombre que sabe por dónde se mueve, y que conoce las armas que maneja.

Y ya que hemos dicho esto, ¿por qué no hemos de decir también que, muchas, muchísimas de las afirmaciones de su libro las firmaríamos sin temor, en la convicción de que están dictadas por un corazón recto, que busca la verdad, y que se esfuerza por vivir el espíritu del tiempo feliz que le ha tocado en suerte?

Otras cosas... dejaríamos que nos las explicara... Una observación todavía. Ya hemos dicho que Miret Magdalena no es un teólogo, aunque no le falten ribetes de ello. Es sobre todo un periodista, un hombre de acción. Por eso, él no planea académicamente los problemas; los de vivos, latentes, palpantes, en esa realidad en la que él vive sumergido. Si se tiene en cuenta esta observación, se podrán explicar en él muchas cosas.

Por fin, el libro de Miret Magdalena tiene otro valor. Es un testimonio vivo de lo que significa hoy la actitud de un sector de la Iglesia, íbamos a decir de un magnífico sector. Paulo VI, con su palabra justa, lo ha dicho muchas veces. Es una inquietud que supone amor; que es mucho mejor que la indiferencia que supone vitalidad; y que parece como que lleva en germen de las cosas mejores, que nosotros nos prometemos abundantemente.